

MARIA SOBRESALIA

En fé
En pudor,
En piedad,
En silencio.

MARIA NUNCA

Disgustó á sus padres,
ni despreció á los inferiores,
ni hizo burla de los débiles,
ni recibió mal á los pobres.

María tenía por regla:

No buscar en todo sino
á Dios,
Vivir recogida,
No causar molestia á nadie,
Hacer bien á todo el mundo,
Honrar á los mayores,
No envidiar á los iguales,
Huir la vanagloria,
Amar la virtud,
Seguir en todo la recta razón.

María guardaba la mayor modestia

En el andar,
En el hablar,
En el semblante,

En sus entretenimientos,
En su mirar,
En todas sus acciones.

MARIA ESTUVO DADA ENTERAMENTE Á DIOS.

Imitadla, para que ella os ame.

Devoción á Nuestra Señora.

DE LOS BIENES QUE CON ELLA NOS VIENEN,
Y DE LAS
COSAS EN QUE SE HA DE MOSTRAR.

Lo *primero*, se han de considerar las muchas razones que tenemos para amar y servir á la Virgen Nuestra Señora con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar después de su Hijo, ponderando en cada razón lo que puedo y debo hacer por ella.

La primera razón es porque la Santísima Trinidad ama á esta Señora más que á todos los ángeles y Santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así, es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios, y

amando más á la que por su mayor santidad merece ser más amada.

De dónde sacaré varios afectos de gozo espiritual y de complacencia en los bienes de la Virgen, gozándome de que sea tan amada de Dios, y de que haya hallado gracia delante de El: gozándome también de su santidad y de todas las virtudes que tiene, dando gracias á Dios porque se las dió, y suplicando á la misma Virgen me alcance parte de ellas, para que yo también tenga la dicha de ser amado de Dios, y halle gracia en su presencia.

La segunda razón es por ser Madre del mismo Dios, y Madre de nuestro Salvador; el cual, por el grande amor que le tiene, quiere que todos la amen y sirvan, como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se le hace; porque si dijo de los pobres: "Lo que hicisteis por uno de estos pequeñuelos, por Mí lo hicisteis", cuánto más dirá: "lo que

hicisteis en servicio de mi Madre, por Mí lo hicisteis." Luego si amo de veras á Cristo por lo mucho que le debo, tengo también de amar, no solamente á su Eterno Padre, con quien es un mismo Dios, sino también á su Madre, con quien es un mismo espíritu por singular amor.

La tercera razón es porque es Madre nuestra, y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor; pues es propio de hijos amar á sus madres, que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el discípulo amado de Cristo, en oyéndole decir aquellas palabras que le dijo en la Cruz: *Ve ahí á tu Madre*, luego la tomó por suya, y la amó con especial amor, también yo tengo de tomarla por mía, y amarla y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre.

La cuarta razón es por los buenos oficios que hace continuamente por mí en el cielo, los cuales me obligan

á amarla como á suprema bienhechora mia, después de Dios. Porque, lo primero, ora continuamente por nosotros, mucho mejor que Jeremías oraba por su pueblo, porque es nuestra abogada y medianera para con su Hijo.

Lo segundo, es grandemente solícita de nuestro bien, de modo que, no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino antes que ellos le pidan algo, representa á Dios sus necesidades, como en las bodas de Caná de Galiléa pidió vino para los convidados, movida de sola compasión, y, como dijo San Agustín: "Como es mejor que todos los santos, así es más solícita de nuestro bien que todos ellos."

Lo tercero, es grandemente poderosa para alcanzar remedio de nuestros males con presteza, por lo cual dice San Anselmo: "que algunas veces somos oídos más presto invocando el nombre de la Virgen que invocando el nombre de su Hijo; no

porque el Hijo no sea incomparablemente más poderoso y misericordioso que su madre, sino porque como también es juez nuestro, algunas veces su justicia detiene á su misericordia, dilatando el oírnos por nuestros pecados; mas la Virgen, como no es juez, sino abogada, acógrese á sola la misericordia, y con sus oraciones aplaca á la Divina Justicia y hace que con presteza nos socorra".

De donde saca lo que dice el mismo Santo, que la devoción cordial con la Virgen es señal de predestinación, porque con gran solicitud procura esta Señora para sus devotos, como explican los Santos, todos los medios de su predestinación, hasta que alcanzan su fin y los lleva consigo á la gloria. Además, acude al remedio de todos nuestros peligros y necesidades con tanta certeza y generosidad, que se atrevió á decir San Bernardo: "Virgen bienaventurada, cese de alabar tu mise-

ricordia quien se acordare que le has faltado en remediar su necesidad"; como quien dice: todos han de alabar tus misericordias, porque todos los que acuden á ti hallan remedio en sus necesidades.

Con todas estas razones bien consideradas, tengo de encender en mi alma el fuego de la devoción con la Virgen Nuestra Señora, suplicando á su Hijo me comuniquen este amor con su Madre, y á la misma Madre que me le alcance. ¡Oh Madre amantísima, cuya morada especial no es en la casa de Esaú el aborrecido, sino en la casa de Jacob el amado, echando raíces en los escogidos para el cielo! Con todo mi corazón deseo amaros, servirlos como á Madre, é imitar vuestras virtudes como hijo; admitidme en esa casa de Jacob, donde morais; echad raíces en mi corazón para que cumpla mi deseo, ocupándome con gran solicitud en vuestro servicio.

Lo *segundo*, se ha de considerar

la devoción que el Espíritu Santo ha inspirado á toda la Iglesia universal con la Virgen Nuestra Señora, señalando algunas cosas excelentes en que la muestra; las cuales tengo de ponderar para ejecutar la parte que pudiere, correspondiendo á la inspiración y deseo del Espíritu Santo.

Lo primero, lo muestra en adorarla y venerarla con una adoración menor que la que se da á Dios, pero mayor que se da á todos los demás Santos, y por excelencia se llama hiperdulia; y en razón de esto le atribuye algunos renombres propios de sólo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en ella. Y así vemos que la llama Madre de misericordia, vida nuestra, dulzura y esperanza nuestra; llámala puerta del cielo, y pídele lo que es propio de Dios, como es desatar las cadenas á los culpados, dar lumbre á los ciegos, y quitar de nosotros todos los males, y mostrarnos á Je-

sús, fruto bendito de su vientre. Todo lo cual hace la Virgen, alcanzándolo de Nuestro Señor con sus oraciones; y con este afecto tengo de honrar á esta Señora, y usar las palabras de la Iglesia con el espíritu y ternura que ella las dice.

Lo segundo, muestra esta devoción, en que por divina inspiración dedica muchos y suntuosos templos á honra de la Virgen, con imágenes muy devotas, exhortando á visitarlas, confirmando Nuestro Señor todo esto con innumerables milagros que hace por su respeto; y para este fin, también instituye Congregaciones y Religiones consagradas al servicio de la Virgen, la cual las toma debajo de su amparo, haciéndoles extraordinarios favores, así en general como en particular, á los que con especialidad se dedican á servirla sin aceptar personas; por que cualquiera que le sirve halla gracia y favor en sus ojos, y yo le

hallaré si de veras me ofreciere á su servicio.

Lo tercero, muestra esta devoción en la frecuente memoria y recurso que tiene á ella en todos tiempos, señalando para esto muchas festividades al año, y casi cada mes una, y en algunos dos y tres, y cada semana dedica el sábado á su honra con particular oficio y Misa; y para cada día ha ordenado oficio propio de esta Señora, con indulgencias al que le rezare; y antes de comenzar el oficio mayor, siempre se dice la salutación del *Ave María*, y se acaba con alguna antífona de la Virgen, y con sonido de campana nos avisa cada día, á boca de noche, que todos la saludemos con el *Ave María*, y en algunas partes se hace tres veces: al amanecer, al mediodía y al anochecer.

Y, finalmente, aprueba y exhorta el uso del rosario en honra suya, haciendo un salterio de ciento cincuenta *Ave Marias*, que responde

al salterio de los ciento cincuenta salmos de David, con quince *Padre nuestros*, á cada diez *Ave Marias* el suyo, como quien para un poco en las quince gradas de este divino templo; y responden á los quince salmos del *Canticum graduum*, para glorificar con esta música á la que siempre subió por los grados de todas las virtudes.

Y para quien no pueda rezar tanto cada día, también aprueba la corona de sesenta y tres *Ave Marias*, en memoria de otros tantos años como vivió en esta vida, concediendo grandes indulgencias á los que rezaren estos rosarios, para provocarnos al ejercicio de ellos, acudiendo Nuestro Señor á confirmar esta devoción con grandes milagros, por el amor que tiene á su Madre y por el que desea que todos la tengamos. ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues tanto deseais que honremos á vuestra Madre Santísima, inspiradme con eficacia esta devoción, ayudándome á

ejercitar con fervor las obras que vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita.

(P. LA PUENTE: *Meditaciones.*)

JACULATORIA

A LA

SMA. VIRGEN MARIA.

Bendita sea tu pureza,
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza,
A tí, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,
Ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón;
Mírame con compasión,
No me dejes. Madre mía.

Otra.

Quisiera, Virgen María,
 Madre mia muy amada,
 Tener mi alma abrasada
 En vuestro amor noche y dia.
 ¡O dulce Señora mia!
 ¿Quién tuviera tal fervor,
 Que aventajara en ardor
 A los Serafines todos,
 Amándoos de cuantos modos
 Inventó el mas puro amor?



A los jóvenes.

GUIA DE LA VIDA CRISTIANA.

Mira, joven, que te aviso
 Que á Dios sirvas y le ames,
 Que guardes sus mandamientos
 Y de ellos nunca te apartes.
 Que aborrezcas el pecado,
 El mayor mal de los males,
 Por el cual en fuego eterno
 Infinitas almas arden.

Es el pecado mortal
 Una mancha tan notable,
 Que, para borrarle, dió
 Jesús su preciosa sangre.
 Teme á Dios como á Señor
 Amale como á tu padre,
 Mira que siempre te mira
 Y conoce tus maldades.

Si alguna vez le ofendieres,
 Procura luego aplacarle,
 Borrando en la confesión
 Lo que contra Dios pecaste.
 Confiesa todas tus culpas,
 Y ningún pecado calles,
 Porque el confesor no puede
 Manifestarlos á nadie.

No te detenga el temor,
 Ni la vergüenza te ataje,
 Que es horrendo sacrilegio
 Callar un pecado grave.

Es enojar mucho á Dios,
 Y es desdicha lamentable,
 Que donde tantos se salvau,
 Tú llegues á condenarte.

Si larga vida deseas,
 Sirve y respeta á tus padres

Y procura no ofenderlos,
Y en lo bueno gusto darles.

Obedece al Sacerdote,
Cumple lo que te mandare,
Y su corrección recibe
Sin alterar el semblante.

Huye malas compañías,
Que tantos estragos hacen,
No sigas los *pecadores*,
Ni con ellos te *acompañes*;

Que quien se arrima al carbón
Ya ves *qué tiznado sale*;
Pues más manchado saldrás
Si á los *malos* te *arrimares*.

Huye el ocio que es la *puerta*
De los vicios detestables;
Y aborrece como peste
Todas deshonestidades.

Cobra afición al estudio,
Ocupación tan loable,
Que adorna el entendimiento
Y mejora voluntades.

Huye de toda mentira,
Porque al mentiroso nadie
Dá crédito á lo que dice
Aun quando diga verdades.

Huye la ocasión si quieres,
De todo vicio apartarte;
Porque es la leña en que suele
Aqueste fuego cebarse.

Nunca expongas tu dinero
Del juego entre los azares;
Que á muchos el juego pierde
Por mas que en el juego ganen.

Sin necesidad no jures,
Que es atrevimiento grande
Perder el respeto á Dios,
Y á su nombre venerable.

Tén devoción á la Virgen,
Que es de *pecadores* Madre,
Y *Amparo* de cuantos viven
En aqueste triste *valle*.

Cada dia su *Rosario*
Rezarás ante su imagen,
Y pídele que socorra
Todas tus necesidades.

Oye misa cada dia,
Y frecuenta el confesarte,
Que siempre se muestra sucia
Casa que tarde se barre.

Ama siempre estos consejos
Tan dulces y tan amables,

Y aborrece los del mundo
 Más venenosos que el áspid.
 Y advierte que si los guardas
 Tendrás á Dios de tu parte,
 Pues te dará buena muerte,
 Y los bienes celestiales.



ORACION.

DEL P. ZUCCHI

A la Santísima Virgen.

¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!
 Yo me ofrezco todo á Vos, y para
 probaros mi devoción, os consagro
 en este dia mis ojos, mis oidos, mi
 lengua, mi corazón, todo mi sér. Y
 pues que asi soy todo vuestro, oh
 mi buena Madre, guardadme y de-
 fendedme como cosa y propiedad
 vuestra.

*La Santidad de Pio IX, por de-
 creto de 5 de Agosto de 1851, conce-
 dió 100 dias de indulgencia por ca-
 da vez que se rece por mañana y tar-
 de esta devota oración, precedida de*